

DÍA INTERNACIONAL DE LAS BIBLIOTECAS

24 DE OCTUBRE DE 2021

Palabras menores, uno de mis primeros libros, contiene un relato titulado «Biblioteca» cuyo protagonista es alguien empeñado en encontrar el orden ideal para su colección de libros. Al final –y disculpen que destripe el microrrelato– descubrimos que la persona en cuestión solo tiene tres libros que se obstina en colocar una y otra vez siguiendo distintos criterios, en busca de una innecesaria perfección, quizá solo por el placer de contemplarlos, de tocarlos, de tenerlos entre las manos. Ese cuento, escrito en clave de humor y que pretende sorprender, es en realidad un discreto homenaje al libro, pero también a una época, la de mi infancia en la que era un artículo escaso, casi de lujo, que apenas recibíamos por Reyes, cuando cumplíamos años o como recompensa, alguna vez, por haber sacado buenas notas, con una frecuencia y en una cantidad absolutamente insuficientes para niños, como yo, hambrientos de lectura.

Fue en esa época, una tarde de noviembre, animado por mi amigo Alberto Gaitán, que estimaba que 5º de la lejana EGB era un curso difícil, crucial, que exigía de nosotros rigor y empeño en el estudio, cuando descubrí la Biblioteca Municipal de Plasencia. Esa tarde se abrieron para mí las puertas del Paraíso. Tardaría luego muchos años en volver a estudiar, como era nuestro propósito aquella primera tarde, en el silencio vigilado de la biblioteca, pero desde que ese día me hice el carné de socio y saqué en préstamo una biografía infantil de Cervantes –mi amigo y yo, serios, circunspectos, decidimos que lo oportuno, en tan trascendental momento, era una lectura de provecho–, se convirtió para mí en lugar de peregrinación semanal, normalmente varios días por semana, en alguna ocasión, incluso, varias veces por día.

Sin esforzarme, aún puedo vislumbrar entre sus abarrotadas estanterías al niño que, agotadas las aventuras de Los Cinco o Los Siete Secretos, descubría, en un majestuoso tomo de color verde aceituna, la *Ilíada* de Homero, o el mecanismo de relojería de *El escarabajo de oro* de Edgar Allan Poe, o el remordimiento angustiante de Raskólnikov en *Crimen y castigo*, al adolescente que se sentía, con Herman Hesse, un lobo estepario, con Albert Camus, un extranjero, y también al joven que, atrapado ya para siempre en las encantadoras redes de la literatura, fatigaba los anaqueles buscando cuentos de Borges o Cortázar, poemas de Benedetti, las novelas cínicas, despiadadas, de Thomas Bernhard o la prosa suculenta de Gonzalo Hidalgo Bayal, siempre bajo la tutela gruñona y

cariñosa de Felisa, la bibliotecaria, a la que con el tiempo convertiría, en otro merecido homenaje, en personaje de ficción, en una novela, *El tesoro de la Isla*, que habla, precisamente, del fascinante descubrimiento de los libros. Allí, en tardes de lluvia otoñal o relucientes mañanas de verano, descubrí títulos que me fascinaron, que devoraba muerto de sueño entre las sábanas o en madrugones hambrientos de lectura, y cuyo eco aún resuena en mi memoria, libros que me han acompañado siempre, libros que están detrás, sin duda, de cada palabra que he escrito, de estas que escribo hoy más que de ninguna otra.

Hoy, treinta y cinco años después, los libros son, por suerte, un artículo más asequible, que abarrotan muchas de nuestras casas, que acumulamos y que incluso, a veces, llega a estorbarnos, pero, aun así, o precisamente por eso, por ese exceso, y sobre todo por los torrentes de información que nos inundan sin cauce a través de las pantallas, las bibliotecas siguen siendo lugares absolutamente necesarios, lugares de encuentro entre libros, lectores y bibliotecarios, lugares en los que, con la ayuda de exploradores más avezados, aprender a desbrozar y a abrirse cada cual su propio camino por la apasionante selva de las palabras, lugares en los que perderse, en los que encontrarse, en los que disfrutar de una historia de amor, de todo un idilio con la lectura.

Por todo ello, este 24 de octubre, Día Internacional de las Bibliotecas, con muchísima emoción, y con todo mi agradecimiento como usuario, tantos años, de este fabuloso regalo que son las bibliotecas públicas, feliz día, felices libros y larga vida a las bibliotecas y a los bibliotecarios.

Juan Ramón Santos